



CURVA DE RÍO

CARLOS VÁSQUEZ TAMAYO

Carlos Vásquez Tamayo

(Medellín, 1953) Poeta, ensayista y traductor. Doctor en Filosofía y profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Ha publicado, entre otros, los libros de poesía: *El oscuro alimento*, *Agua tu sed*, *Desnúdame de mí*, *Hilos de voz*, *Aunque no te siga*, *Cuaderno*, *Días*, *Pasos*, *El libro de Santiago*, *Ahora Juntos*; así como los ensayos: *Eclipse de Sol sobre Bataille*, *El arte jovial: la duplicidad apolíneo-dionisiaco en 'El nacimiento de la tragedia' de Nietzsche*, *Método de dramatización - Acerca del tratado primero de 'Genealogía de la moral'*, *La nada luminosa - Fernando Pessoa un poeta de la naturaleza*, *Arder en el tiempo - Encuentros con Fernando Pessoa* y *Las hojas breves - Acerca de Fernando Pessoa*. Ha traducido poetas y ensayistas franceses y portugueses.

Curva de río, poema-diario escrito entre 2015 y 2018 es su nuevo libro de poemas.



CARLOS VÁSQUEZ TAMAYO

CURVA DE RÍO

Batiente
N^o 2

Medellín, 2019

CURVA DE RÍO

© De los poemas:

Carlos Vásquez Tamayo

© Del epílogo:

Carlos Andrés Ciro Velásquez

ISBN: 978-958-59534-3-7

Ilustración de cubierta:

Paul Klee (Suiza, 1879-1940)

Bunter Blitz (1927)

Óleo en tela sobre cartón, 50.3 x 34.2 cm

(Colección de arte de Nordrhein-Westfalen, Dusseldorf, Alemania)

Edición, composición y maquetación digital: Carlos Ciro

Primera edición. Medellín, Colombia, 2019

Corporación Cultural La Bisagra

ediciones@corporacionlabisagra.org

Colección de poesía BATIENTE, N^o 2

*Pero lo que hace
este río,
Eso nadie lo sabe.*

HÖLDERLIN

Curva de río



29 de junio

Vuelvo a leer *El rey de Ásina*, poema que habla con su voz callada, un rodeo por mares y sangre, en busca de una presencia en las piedras, la piel del agua se lleva los nombres, recuerda la forma en que enciende, acunando una voz en la otra, tal vez con una dulce escucha, a quien quiere y halla esta mañana en que flota en sonidos.

¿Será posible volver y sentir el transporte, el rubor en las letras? Nos aislamos, acaso pensando, es lo que él busca, y vino aquí, aceptó acercarse, halló con quién hablar, él a quien tanto conmueve la voz de alguien.

Y estoy con el poema de las aguas sin memoria, golpean y se hunden en una voz más oscura, y pienso en sentarme ante una mesa, oír el poema y preguntar, quiénes somos, en esta curva y esta hora y este brazo de río

29 de junio

El Zorzal, las muchachas corren ciegas por los corredores, el mar se astilla, niñas deliran entre estatuas y balcones y escaleras selladas, un huso de cuerpos desnudos, muchachos se hunden tras el oro y vuelven de la profundidad oscureciendo el metal en un agua más triste.

El poema que estaba por escribir ya pasó, puse otro en su lugar y es imposible, olas golpean y se van, un agua más sola, la voz no se cura, escribí otro y me hace dudar.

En algún lugar la voz espera, una letra no cambia, siento la palpitación asustada, ya lo escribí y no puedo alargar, mi voz para recoger otra, la que se lleva el viento y estruja las hojas

29 de junio

“Me he pasado la vida oyendo nombres desconocidos”, *Helena*, la imagen de alguien remando en la sangre, un ala nos sigue, ¿me ha pasado no querer ya la persona? Fija para tenerla y no dejar que se vaya, una mano para apartar a la muerte, postergarla o no caer de la sombra de ella.

Cómo se me ocurre hablar si no la conozco, he dicho su nombre, mi ala rota la esquivo, es así, me dice del miedo, y es la voz que desnuda y llamea y arranca.

Me advierte de un encuentro y me pregunto dónde, me habla de un lugar y pienso si existe, una curva, una colina, quiero alejarla, evitar que me atrape su vuelo

19 de junio de 2015

Hoy leí y me emocioné, pensé por unos segundos y fue como si estuviera raspando la sangre. Las letras se nos dan y somos la misma persona, ninguno de los dos juntos, leí y casi temblé de lo bien que sentí, no pude dejar de pensar, los dos juntos, ese lugar, un paraje pequeño, la curva en un camino y el humo y lejanas y casi palpables las nubes, el pensamiento paraje de una sola vez

2 de julio

He ido a algunos lugares, he caminado noches y días, querías consolar tu sueño, ¿por qué esa invasión de los perdidos, los desolados, los asolados?

He leído a Levi y me estremezco, *Si esto es un hombre*, un libro imposible, real como la noche, hiriente como el grito o el rayo, querría haberte acogido y decir, no temas, es solo un sueño, no dejaría que nadie te dañara y que viéramos el día, las palabras piedras de la desolación, el agua del ruego, alguna oración inventada por ambos.

Pienso en tu madre y acaso sus mejillas, la tibieza única de unas manos, la certeza de unos pasos siguiendo la fiebre.

Pienso y pregunto, la noche nos salva, trato de imaginar dónde está la casa, las ventanas que son luz, la lluvia y los pasos, las puertas y los rincones y ese lugar pequeño, querría ir, leer algo, un libro que abra la poesía que va a ser aquí

7 de julio

Recuerdo un juego que solía hacer mi madre. Al llegar de la escuela esperaba hallarla. Pero no estaba. Me decían que se había ido. Y resulta que su ausencia era un juego, de pronto aparecía riendo, quería verme en su ausencia y conocer cómo sentía que ella no estaba

9 de julio

Hay un lugar, al final un pequeño camino. El paisaje se abre, montañas medianas y escuetas, pequeños árboles redondos, quietos desde esa altitud, el aire se pone cálido, al fondo serpentea el río embrujado. Baja por aguas dormidas, crece pero no desespera. Si miras al lado, el paisaje sigue su curso. Vuelve el río un poco más lejos en otras orillas. Te recuerda que es el mismo y que no podrás volver a él. Hay una banca pegada a un árbol, me he sentado y me he visto desnudo y pequeño

9 de julio

Me dice un muchacho que el lugar se llama Las nubes, me advierte que el espacio se abre, el camino es empinado y da vueltas. Querría ir y tomar el ascenso, llegar a Las nubes y empezar a andar, por uno y otro sendero.

Cerca hay un recodo y pequeñas montañas. Quise subir, pero siento vergüenza, ¿cómo ir así? Pedir al paisaje me envuelva.

Un encuentro, un estado de desposesión y mi ser del todo despierto. No haber sabido llegar a la edad de este lugar. Debo prepararme y no salir de la casa.

Esta mañana me paré frente a la ventana de rejas, saqué los brazos, por casualidad pasó un hombre, casi le digo, no olvide, esta belleza y un hombre tras unas rejas

9 de julio

Me angustia tu dolor y tu sangre, poner en tu piel esa frase. La escribes en palabras vivas y atentas.

¿Qué tamaño tiene la frase, en qué lado del pecho? Quiero leer ese *vous*, ¿es para ti? De ser así te pido perdón. Si no, algún día podré llegar a tocarla.

Qué hermoso pensamiento, el interior y el exterior, y el poeta cuando dice eso. También le temo a la palabra cuerpo. Ahora, en tu carta brilla y es realidad. Es un pensamiento tan profundo que me deja sediento.

Se puede decir la sangre, la piel, las manos, los ojos, el rostro, aún las lágrimas, las caricias, el corazón.

El dolor es solitario y nadie puede medirlo. Así como es absurdo creer que se puede compartir. El amor se equivoca, el afecto mide mal y yerra su peso.

Quisiera tomar cada frase, mirarla, repetirla, tenerla conmigo. “En la tarde de ayer me he tatuado la piel”. Así comienza un poema, y tu escritura sigue, se desnuda y se abre.

“Los nervios me ocultaron”, es algo difícil y lo anotas con gran precisión. Esconderse en los nervios. Para leer ese verso habría que ser valiente. Más allá, ¿quién hay? A lo

mejor dentro esté alguien y vaya con uno. La piel no es solo tocar. Yo querría oír tu corazón.

Si puedes escribirme mientras escribes, si te hablas hablándome. Y a la vez se puede aprender a herir sin herir. Yo no quiero sufrir un dolor ciego y terco. Pido un dolor pequeño

10 de julio

Traer a los muertos, ¿qué hay que saber de los caminos?
¿Cómo haber avanzado y retroceder? Un desvío, dejarse
llevar, para ir a los abandonados, y que ocupen por un día
nuestra mesa, y nos hablen con una palabra que no es de
aquí, una voz raíz oscura y callada. Acaso se justifica si una
escritura reserva, un puñado de ceniza con vida, que hablen,
pregunten, esa voz es nuestro fango

11 de julio

Algunas letras rústicas en su decir, desnudas y parcas. Tendría que labrarlas. Llevarlas hasta sus sílabas íntimas. Y allí dejarlas. En ese punto en que soberbia de sentencias no queda. Palabras en flor despojadas.

Quiero retroceder unas cartas, restar días. Hasta llegar a ese punto en que yo no soy tú y tú otra persona. Y entonces no expresar, apenas rayar alguna cosa. Un nombre, una planta, el sonido de un árbol.

Ayer un señor me dio unas semillas. Le pregunté por el tiempo que eso toma. Y me dijo: seis o siete años.

No me atrevo a entrar en ese árbol. Su sombra, la raíz obstinada noche sin velos. Querría esa sola palabra y sembrarla y que ella prendiera. Habla nocturna. Vocablo de la germinación, pudrimiento.

Cada frase entra en la muerte. Y esos pequeños seres. El tronco de la única vez. Un día noche extendida. Los dioses en árboles de una tarde sin ansia. Entre tanto, las vanas razones de un tal vez. Pienso en un bosque escrito en el viento.

Esta oración que el aire me trae, el dulce sonido, la demolición. Un bosque para decir, he pasado un límite. Y vuelvo a ella, la línea del sentimiento compartido, la blanca

11 de julio

Imagino un cerro breve, dificultad de pasos para llegar, un leve sendero, a cada lado, plantas obedientes, arriba un cielo apenas breve, la inquietud de las nubes, en un horizonte que no se aleja ni deslumbra, una pequeña montaña de pocos pasos y las piedras, llegar hasta allí y se abre, apenas sin ruido, la inclinada pradera, algunos árboles y caminos sin prisa, las aguas presentidas, la hierba lenta, la altura y los precipicios por los que resbala un sol recatado, la altura se impone, a derecha e izquierda el inmenso paraje, montañas inclementes desde la pequeña colina, los picos, laderas, bosques, la cima, el prado que mis pies no verán, pero el corazón se extasía, de dónde ese viento, un aire para el silencio, estoy aquí, desde la pobreza, mi estatura, pero la sima me recuerda, las nubes envuelven los picos, y esa bruma, dónde estoy, miro abajo y sigo subiendo, me oigo respirar, llevo mi mano al pecho, estoy tan frágil, pero el cielo me calma, es dulce y la luz apacigua, no es lejos, puedo ir y volver, pero los pasos, las huellas dormidas, hay árboles, la tierra está quieta, hay lejos y cerca, y es de nuevo un poco más lejos

11 de julio

El río cerca, cien pasos, voy a lavar la orilla las penas, esa
marcha, y decirle que no me deje ir, dejarle un nombre para
que se lo lleve, un agua fecunda y demorada, en el silencio
que esta hora me da, voy a ir hasta el río, cien pasos, le diré
al oído que no me suelte ni se olvide de mí

15 de julio

Busco una palabra que no me deje, las pisadas se alejan, faltan cosas, cuánto tiempo se toma, hallo las manos para alargar, el temor es que resten unas pocas que el hallazgo adormece.

Aguas breves se descuelgan de los peñascos, escucho su desamparo, oye las piedras, entra en ellas al fin y se guarda.

La acechanza, el leve movimiento en las cañas, cuando en mitad de la travesía se aleja el grupo y comprende que no volverá, lo angosto, el paso leve, la idea de irse.

Y vienen las miradas, los mortales sonidos del amor y la pena. Y te consagras, que es como aceptar que puedes quedarte, y te hundes y no te dejas sacar, excavas y sacas la tierra y la amontonas y vuelves noche tras noche, dónde queda, sin nadie nunca para llegar a decirlo

31 de julio

Amèry, tal vez no sea esto leer, más bien perplejidad y el ahogo, una herida, lo incommunicable dicho con piedras, el leer se interrumpe, la voz se quiebra, el silencio tiene la faz del dormido, y aun así me arrastro por ese resquicio, entro, se lanza sobre mí con todo su fuego, la experiencia, ser arrojado al dolor, carne y nada más, no sé qué decir y quisiera referir otra cosa, el semejante, la marca, rincones para la crucifixión y el olvido

12 de agosto

Anoche llovió inmensamente, me inclinaba para tocar esa lluvia, ella me despertó para advertir, escuché y volví a dormir y hoy me levanto, pero qué sé yo de la profundidad, ni siquiera sé los pasos, tan pronto piso me retiro, me aparto, me voy.

No debo preguntar, más bien cavo, el suelo único para buscar a otra persona, debajo, en un lugar que apenas presiento, la mano se alarga y roza y penetra, ese tú que da luz y caliente, ese destello pureza, un tronco calcinado y la tierra muda, esa altura invertida, la soledad y sus preguntas, el fruto perplejo y amargo

10 de octubre

Mi casa se mueve y creo que no volveré a pensar en ella, sea donde sea la casa se cierra. Desaparece, se borra, no deja huellas.

Pero no hay un lugar, la maleza me guarda. Esa es la única pared y todo queda dentro. No he estado antes en una casa. El movimiento, la tristeza y nunca llegar.

Pienso en mi mesa, mi asiento, pero cómo evitar que se vuelvan míos, acaso los libros me liberan, yo no mío siempre sin mí. Y quise ir a la casa, un pequeño lugar íntimo y creo haber visto, con la imaginación, ese claro y había luz otra vez

8 de junio de 2015

Si pudiéramos viajar. Si estuviera a nuestra altura tan lejos. Si al llegar, alguien nos reconociera

Si supiéramos pisar la dormida ladera. Y no enmudecer nuestros pasos bajo el hierro de nuestras pisadas

Si entendiéramos. Al menos una palabra. La sencillez es obra del viento. Los arcos brillan menos

Si alcanzáramos a tocar. Dejar una raya en la pared desnuda. Y cantar allí las sílabas del abandono

Si la esperanza fuera nuestra virtud. Y la ira nuestro secreto. Si el saludo fuera ya una puerta y más allá una orilla y un puente

Si dispusiéramos de algunos nombres. Y el extranjero fuera hermano y la punta de su lengua brillo de estrella

Si al empujar cayera y no volviera a levantarse. El temido gigante de esa impostura. El cuerpo inclinado que no alcanza el árbol

Si al relucir nuestros números tocáramos el cielo y brillara más, el libro oscuro de nuestras adivinanzas

Creeríamos que hemos vuelto. Y nos sorprendería nuestra faz, reflejada en la piel más despierta

Resulta vasto el camino. Sinuosas las aguas. El río no quiere llegar. Le resulta amarga nuestra sangre

En las incrustaciones del árbol fornido en mitad del bosque, el viento, el grito herido de la noche. El peso del cuerpo al caer

8 de junio

Es esto un hombre. La propia imagen le inquieta. No parece dispuesto a cambiarse de acera, ni girar sus miembros helados. Este es un hombre. No me aparto y no parezco dispuesto a alejarme. Más bien insisto en mirar. Es un hombre. Marcha sin poderse mover. No se distingue en el tumulto de las hierbas. La estrella ya no está, no lo prende el amor ni lo guarda la piedra. Un hombre. Las noches cabecean y todo dormita. Si saludo me quedo con él, si paso me voy tras su ruego

8 de junio

Si piensas en los muertos es otra luz. Pero quién osa siquiera. Su silencio guardado en vasijas oscuras. Quién guarda el deseo en la ceniza. En cofres sellados la pequeña luz clama por alguien. Hilera de muros pulidos por la brisa de un tiempo locuaz. Lo mismo han de ser vivos y muertos. Y nadie sabe nada. Para que los casi vivos se muevan. No hay quién se atreva ni esté dispuesto a herir de viva realidad. Pues si uno volviera la vida florecería y nadie podría de alegría vivir. La espuma dorada de otro día, en la que algunos se miran

8 de junio

Si menciono el hombre a Dios, él me dice que Dios sabe. Dulcemente no acepta que haya que llamarle. Dice que está ahí. Si en nombre de Dios le agradezco, él responde que la gratitud es Dios, que su palabra es ya por siempre sincera. Si insinúo que espero lo admita, él me advierte que así lo quiere y que si algo pasa es porque el hombre tuerce los caminos

8 de junio

Acaso llegue a estar tan solo que al entrar en mi casa tiemblen las aguas. Nadie habrá para decir que no me conoce. Ni nada para guardarme en su velo. Unas cuantas paredes. Y el cielo, un aire sin nubes sin sol. Para mirarlo tendido cerca al zócalo. La paciencia del agua. El goteo silencioso al fondo del patio. Ni un solo hombre. Solo la noche sola. Extendida ante mí. La medianoche. Luz de resurrección. Ceniza prematura de un fuego secreto. La casa erguida y sin alero. La morada de la vez en que creí ser mi hogar

8 de junio

Cuánta viva extrañeza. Necesidad sin tregua en negros reflejos. Y tejer, tomando de acá y allá, hilos de un frío fuego. Ponte a pensar en las mínimas formas. Las contracciones breves de tu cara. Teje en tu rostro un gesto. Vete a vivir en el reverso de tu faz. Y cruza tus palabras con otros hilos. El viento lleva lejos y pone a llover la voz en los cerros. Y que a las luces apagadas adose tu frente. Y al hueco negro al fin pida entrar

8 de junio

Mano en placer alumbrada

8 de junio

Noche de esquivos deseos. Belleza de unos pocos años.
Plenitud joven y redonda. Brazos y manos. Boca furtiva.
Amores perdidos para siempre y en ellos tú

18 de julio

Despierto amarrado. A pesar de la tensión inmensa
ausencia de fe. Tengo que sacar fuerzas de la incredulidad.
Tan pronto piso, estoy de nuevo donde no estoy

18 de julio

Pero aún queda algo entre las paredes y nada

18 de julio

Me siento más a gusto en ti que yo

18 de julio

Me enamoré. Si un niño me preguntara, le respondería.
Sé lo que es. El amor verdadero. El duro amor de certeza. El
que no sabe nada sabe

18 de julio

Me siento devolviendo el final

En el fin de su vida pensamiento pueril

Este sosiego tuve

Un año de extraordinaria belleza

Qué claridad sería

19 de agosto

La carta me conmueve, me pongo a pensar que eres tú y eso me alegra. Pero a la vez no dejo de pensar que soy yo. La respuesta nunca llega. Mueve si mucho a un gesto, como aquel de un espejo. Después fue intentar el regreso.

Pienso en ti durmiendo juntos, quizás yo no podría dormirme, es imposible ser amigo de alguien a quien no se conoce. Pero, aun así, la cercanía es un delirio y a lo mejor no vuelvas a escribir.

La carta abre una ranura. Las palabras cobran vida sostenidas por algo. Y no quedan otras, las que escribo están sentenciadas y el naufragio de ellas es mi ahogo y mi noche

9 de enero de 2016

Y saber que te abracé antes de mirarte. Y luego me volqué y me puse a buscar, entré en el mundo de los ausentes. Ahora trato de llegar pienso y ruego, pero tú no quieres saber. Quería poner mis labios en tu corazón. Apartarme y escuchar el don de una letra. Hay tanto desconsuelo y se podría saber de un modo tan simple, ojalá me dieras tu mano, tus dedos de soñador y poeta

14 de junio de 2017

Pienso en lo que dijimos, siento dentro ese vaivén y casi me desborda y cómo desaparezco, esa forma en que los sucesos chocan en su materia irreal, por no verse y estar condenados a no poder entrar. Entonces, de pronto, tuve miedo y ya no me reconocí y no hallé ya más la ternura.

Ahora leo esta frase y la quise poner en tu corazón. Lo último real que me pasó lo sentí y me desvanece de pronto, como una piel se oscurece en la otra

24 de junio

Volví a mi casa, he estado todo el día en mi mesa, está el paisaje envuelto en una sola palabra, hay una placidez junto a mí, mañana iré al río, una palabra única me encarcela y no puedo hacer nada hasta que no sepa, me moví y algo mínimo quiero, aunque a la vez se agota de solo pensar, estoy roído por tantas aguas y la verdad me aprisiona, exige quedarse sin nadie y la mentira soy yo

24 de junio

Me hallo lejos de poder decir, todo parece labrado, una meditación y un orden terrible, cuando me dijiste que había un parque y que de él se abría un camino no pude imaginarlo, como se sueña un agua imposible y no se atreve a mojar los pies. Más bien flota, sobre hielo sobre un cauce voraz. No sabría dónde dirigirme y pienso que moverse no tiene razón, sueño con quebradas y a lo mejor alguna vez vagué sin destino. Ahora te veo con las imágenes dado que la corriente no volvió nunca a bajar

27 de junio

Una pequeña me dijo vamos a jugar. Llevamos varias horas y aunque no sea por haberme observado, su pasión es segura y esbelta. La elección del juego fue de ella. He sentido fascinación por las niñas y he tenido varias pequeñas.

Hay una ternura en lo que siento al contar, como si diciendo ella me rozara otra vez. Esa niña y el tiempo cubierto. Esa pequeña bienhechora. Qué habrá sido, una vida paralela, su proximidad temprana y luego, para siempre, la distancia de los días, el muro que levanté para que no me viera

25 de junio

El corazón se cree preparado pero la intimidad se desborda. Me pregunto qué sabe alguien, cómo puede intuir una única cosa. Todo se afirma en la mirada o en el extender unas ramas.

La niña fue el desvío, la puerta que interpone la sangre.

Hay horas escondidas, momentos que no supe ver, está el abismo de las edades, la amistad con una niña abre un surco, si no salvable, al menos desnudo y llevadero

26 de junio

Ser empujado al segundo camino, un rumbo único no aparece y la vida verdadera se pierde. Irse internando y uno se va haciendo invisible, el rostro nada retiene y la imagen que deja lo soñado es voraz.

Ahora pienso en ese muro y lo que está más allá, líneas cruzadas en lenguas distintas y cuando pienso cómo me recuerda alguien, siento ansiedad como si todos esos pensamientos fueran mi estrella

27 de junio

Siento ternura por tu niño, no hubiera podido ser su padre, la congoja por ese bajar y tropezar y levemente sangrar. Lo hubiera arropado y luego seguir su camino, de la desolación a la poesía.

El viaje en que no dejamos de hablar, casi sentí vergüenza, aún te veo rodeado por esas niñas del abandono, eras su miel, y para mí eras un joven poeta

28 de junio

Si fueran manuscritas verías las tachaduras, también podrías leer la vacilación. Pero está lo que importa, aquello que digo como un sendero.

Uno está lleno de gente y en la búsqueda, hay un árbol del que uno cae y la rama destinada se quiebra

30 de junio

Tu rostro es la cura de la dolencia que causa, en tu mirada
me acuesto, estoy enfermo de tus ojos, tus palabras son
velos

30 de junio

Caí sobre el costado de mi pensamiento. Y presentí, esta caída ya la conozco. Caí con todo mi peso y me reconocí

30 de junio

Lo que pasa entre uno y la luz, el peso de soledad y aquella de la que priva la otra persona, para que pase también la luz por ella.

Con la luz que se aparta, y deja solo lo que deja ver. A lo mejor la luz sea la soledad.

Esa luz, y me dices, no dejes de considerarla, y a mí la luz me asusta. Y me toca apartarme, como se estanca la luz, para abrir espacio a su propia nostalgia

30 de junio

Qué poder de misterio, qué densidad, la soledad del sol pidiendo clemencia, la inquieta brevedad e irse apagando, la perdición que solo la oscuridad calma. ¿O será que es el sol el que de sí se oscurece? ¿Será esa nube misericordia?

30 de junio

Confía en mí, estoy contigo y te espero, así ha sido desde hace mucho. Yo te abrazo.

Perdóname no te vayas

1 de julio

Floto en tu mirada

1 de julio

Reposo en sabio dolor

1 de julio

Esos ojos, ¿qué han visto? Y casi quiero que ellos me digan, pero temo que eso te aparte. He estado horas en esa mirada. Hay momentos en ella crispados, pero a la vez es libre y atenta. Y si sufre no se deja apagar. Una mirada como si fuera todo adentro. Una cara que se mira mirar. Y también para mí, me has pedido verme. No soy yo quien se mira, me ofrezco a ti para que me veas. Y quiero retener esa mirada mirando sin complacer, como si fuera yo la abertura, los ojos que te ven. Y eres mío incorruptible

1 de julio

Y acaso sea esto verdecer, y tuve que esperar toda mi vida. O estar cerca del joven que apenas despunta. Y creo que se crece muy lentamente, y que el árbol está ahí para guardar. Ese silencio y esa sombra. Ese fluir y endurecer. El árbol al frente, podría salir y acariciarlo. Pero de qué está hecho. Acaso ni tiempo llegue a ser.

Mi día se entrecorta y sorprende. Y mirando su marcha entiendo lo que soy. ¿Crees que se pueda llegar a la vejez sin enmudecer? Y no temer ya ni sentir lo que acerca.

Una especie de libertad, un presente pequeño, un riachuelo que no da rodeos o solo gira breve.

Están ahí los cautelosos ramajes. El árbol y el río menguante. El tronco en que se hunde la tierra. Y tendré que buscar otro bosque, aprender a respirar en otras palabras

1 de julio

Me alumbra que haya tantos lugares. Me inclino a pensar que, para mí, hay un recodo, un libro, una persona. Ahora, en la mesa, hablaba de libros, decía de aquellos que agradezco y me han justificado.

Que existan otros parajes y libros y personas, no siento ansias, mi casa me habla. Ahora arde el silencio, mi árbol de almendro estalla en la anochecida ventana

1 de julio

Día de la interrupción, no del giro. Día en que algo se muda. Es la libertad del agobio, mañana de haber despertado y tener que probarlo. Te regalo este día con todos sus vuelos, te doy el aire para que duermas con él

2 de julio

Está la memoria, el recuerdo de lo no vivido, la nostalgia de lo que no se cubrió. Y está ese jovencito, y al sentirlo, la nostalgia se hace dulce y ceñuda. Hablas de este tiempo, una fábula, en ese minuto existimos, una cometa de dos puntas, jalada en frágil sosiego.

Eres mi bosque y mis nubes y me das miedo. Sentiría vergüenza y estaría pidiendo perdón. Pero a la vez, inmensa necesidad de acercarme y dejar que esa vida con leve crispación nos sea común

2 de julio

Lleva tu cuerpo hasta esos bosques..., cómo se inclina, y, a la vez, ese llevar, crece y trae y eleva, y esa palabra para decir lo que es solo tránsito. Con los libros podrían marcarse esos declives, el cuerpo enfermo emite signos y pide escribir. Y también tal vez las caricias, que entran tan desnudas y pueden herir. Las manos son la sed de la piel y el gozo envuelve y amaina

2 de julio

Nuestras voces se besan

2 de julio

Y preguntarte si has plantado un árbol, si te acuerdas del lugar, un retoño en un espacio y tiempo tuyos, si has vuelto a verlo, y los caminos por los que te has internado. Erguido en su silencio por rumbos de pasos, hombres, animales.

Hay senderos y los bosques se inclinan, y me dijeras si ese árbol se perdió y ya no lo hallaste. O que la voz de tu madre llamara desde allí y tú dijeras, y extendiera para ti en ese lugar tu hambre y tu pan.

Sé de algunos caminos, la dicha en breves rodeos. Curvas pequeñas o quebradas, tupidas piedras, aguas heladas más abajo. Oír los pasos hasta un remanso y la sombra venturosa y agradecer cuando arde en primicias.

Y volver, por esos caminos en la tarde, cuando la luz se apresura y envuelve. A un refugio pequeño, para la noche de los abrazos y leves promesas

2 de julio

Y quizás un lugar de muertos antiguos. Una cañada, un musgo. Esa otra piel de piedras encantadas. Quédate ahí al oído. Baja tu árbol. Desnuda en reposo. De qué hablan, cuál esa suya promesa que entornan. Tierna saeta de niños sabios y dedos exaltados. No hay voz que se compare y nutre febril y cauta la saliva de los muertos

2 de julio

Y tus cejas, me reservo tus cejas, tu sombra pasa sobre mí, tenue oscuridad en la quietud de tu rostro. Un dedo divino trazando ese arco incorruptible. Ningún miedo, ausencia total de inquietud o delirio. Toda la calma acogiendo la inmensidad y trazando en tu frente un signo de bendición. Mis dedos se deslizan y veo sonreír tu mirada

2 de julio

Y sabemos y, a la vez, por no tocar intuimos. Y todo se confunde en un coro de huesos. Es un tránsito, en ese paraje tuyo estar vivo y estar muerto. Y eres yo y yo eres tú, y nos recatamos el uno en el otro. Sin dolor ni ofuscación, sin arder en lentos jadeos. Nos sujetamos y soltamos para avanzar, de nuevo más lejos, allí donde la carne duerme y el sueño medita

2 de julio

Crear algo contigo quisiera tener y que no te me apartaras
ya nunca

2 de julio

Eres mi espiga

2 de julio

Y que tenga promesas para decirte, que sea nombrar el ver del ciego de nacimiento, y que pueda llamarte y que tu nombre sea para mí la respiración y la dicha. Y que puedas mi nombre llevar y cubrirme con él, y levantarme, cuando mi paso se quiebra

3 de julio

En dirección a tu boca, una línea de tiza, trazada con tenue hilo, de mis dedos hacia ella, en número impar, pequeña medida circular, de labios, vista para que el rostro no se apague, la luz misma sucede y la línea no tiembla ni su blancura desmiente.

En frágil pizarrón escribiendo levemente ebrio y no me dejo distraer, la línea es mi salvación y mi meta. Está en tus labios. Ese punto, el círculo al que entro.

Que palabras guardarás. La línea se detiene. Insinúa que entra. Pero es solo el trazo de un pequeño umbral, la puerta del día

3 de julio

Te siento conmigo. Me dices, confía en mí, y es como entrar en la caridad. ¿Te abrazan? ¿Anoche te abrazó alguna persona? En tus brazos me quedo, acepto tu bondad y creo en ti.

Hay una diminuta línea de inquietud, la calma se alimenta con ella y repito tu frase y respiras en ella dentro mío. Me hablas de lo pasado y esperas y estás conmigo y si estuvieras cerca me pegaría a ti.

Mis brazos tienen sed, y es como si me conocieras desde antes, y no siento queja ni reproche, ni siquiera algo me pregunto, pero me abrazas al final y yo me anego en mi serenidad y creo que me amas

3 de julio

Y te vas, en cada carta que te escribo te pierdes. No soy capaz de mirarte si te das vuelta. Con esos ojos tuyos que vienen del agua. Ojos que me lavan y apacientan. Me hundo en tu mirada y ya nada temo

5 de julio

Si existo para que me escribas está bien. No tienes que sufrir por eso. Que escribas te protege y te lleva. Dónde no lo sé, pero te alza, la terrible quietud que ahoga el corazón y entristece todo.

Yo te escucho y me parece verte. Es un retrato desnudo de tu entera persona, en líneas de inquietud con su vuelo de penas. Me importas tú, tu unidad con las palabras. Me inquieta tu desazón y quisiera calmarla. Querría que me contaras de los muchachos.

Te siento solitario, pero no sé qué piensas. Y, a la vez, a lo mejor halles la comprensión. No permitiría que nadie te dañe

5 de julio

Las horas en que estoy solo y pienso en ti son mi eternidad

5 de julio

Pequeñas olas de jugar con las frases, restos de arenas, destellos. Y todo allí revolviéndose, sin causar estruendo ni ansia. Un agua más bien callada, en su desorden infantil y su pobreza. Una escritura triste sin rebelión, casi vana.

En las abundantes derivas sin persona hay un giro, un soltarse y vivir brevemente. Escritura para desaparecer. Como esas llamas pequeñas que se apagan al encenderse.

Pienso si no es una forma de escritura envejecer. Mis derivas casi no son, algunas están a punto de dejar, aunque las sienta acabadas y las reconozca. Una escritura mía y siento ternura por ellas.

Me avergüenza hablarte de mi escritura, es solo que vivo allí y me consuela. Me da tristeza no tener casi libros, querría alguno por si llega alguien. Pero los libros son un tránsito y ni siquiera he escrito libros, tan solo cartas, cartas, cartas

5 de julio

Subo por un camino pequeño, un delgado sendero. Hay una mesa rústica y al frente la humildad del río. La curva que está en *Pequeña luz*. Y las colinas, ardidadas, con una embriaguez diurna. Delineadas, sin ninguna opacidad. Hay nubes recostadas en el lomo de las montañas. Y respiré. Me sentí completamente calmado.

A derecha e izquierda y el silencio tocando el aire sin despertarlo. Unos segundos, hubiera podido escuchar mi corazón. Luego bajamos, hay una escuela cerca y propuse que entráramos. Yo me sentí entrando en un templo. Unos niños adorables. Nos dijeron sus nombres y yo me acerqué y rocé sus rostros. Á me dijo, diles algo en otra lengua, y yo les dije

5 de julio

Esta mañana me retiré hacia una ventana y pude ver completo el grupo de niños, estaba alucinado, y casi sentí que rozaba sus manos y lo que escribo me hace sentir miedo. Había allí tantos ojos, tocados por la tristeza de los padres. Pero eran ojos airados y podían volar y yo los miraba mirar. Adónde irán los ojos cuando no velan los padres, en ese salón, entre los niños, pensé en lo desamparados que estamos

5 de julio

No temas, está mi corazón, mi aliento te oye y recoge. No dejes que te desbordes, ten paciencia, ¿qué te aqueja? Todo entero te veo y casi siento que te inclinas, no te dejes caer, mantente, ve al agua y zambúllete, hasta que te falten las fuerzas

5 de julio

No te angusties mi pequeño corazón

5 de julio

A cuál de los dos lados de tu pecho corazón

5 de julio

Vuelvo a mirarlo y ya no está solo, al menos no desesperado. Hay una pregunta allí también, una fuerza que no conozco, no sabría cómo poner mis dedos en esa piel y ese pecho. Y seguir las, escuchando cómo las apaga el corazón. Y estar cerca, ahuyentar esa sombra esa mano. Y contener y devolver y quedarme allí mientras duerme

5 de julio

Tu tristeza de cuántos años

5 de julio

Rezo por ti sal de mi lengua

6 de julio

Nuestros tiempos se cruzan. Aunque estemos lejos se avienen nuestros aires. Dormí en la oscuridad de tus pulmones. En tu cama ayuné, velé la noche entera tus dulces razones. Hay una silla en el rincón de tu cuarto. A su sombra me retiro. Arranco los segundos a tu noche. Estas ahí, vives dentro mío. Cómo hago para no ahuyentarte. Pequeño corazón latiendo en cenizas. Dónde estás, cómo te llevo que no sufras. Si bien nuestros días se hablan yo no sé dónde y que al buscarme no me alcances, agrava mi perdición y nubla mis pasos

6 de julio

Hazme pequeño, que con granos blanquecinos no hiera tu planta. Retórneme redondo y dulce, que no sea del todo un camino. Más bien un pequeño polvo levantisco, una curva discreta, un rincón para mirar y detenerse. Y que el aire se aquiete. Razone conmigo mis fatigas y avance ligero. El día ya está fuera y en ese cruce de senderos mude mi soberbia, reciba y otorgue

6 de julio

Oh mis lentos animales, por qué me rodeáis con cantos pequeños. A qué serena hora que no supe encender, en la noche más blanca. Tan cerca y cerrados a mi oído en ágiles vuelos. Pequeños animales de no querer morir. En qué tiempo desnudo me aguardáis, que oculta el qué y el dónde. Por lo pronto el día os resalta. Las formas de cada uno despuntan atentas. Por el aire, don y figura, os extendéis con vuestros gritos que nada reclaman. He dado vueltas toda la noche cerca de aquí, estuve tan atento que casi saqueo vuestros refugios. Pero no me atreví a entrar, oh mis amados animales de no querer ya irme

6 de julio

Alguien suelta el broche en el umbral. Entra en mi casa con un cansancio blanco. Toma la forma de mis pies y por ella se desplaza y los cuartos rebosan su gracia. Salto amanecido en mi cama, siento sus dedos abriendo el armario. Mis labios pronuncian su nombre y toda su figura se extiende ante mí. La casa se guarda en los rincones y en la recién nacida claridad madura el corazón y el día se abre. Respiración entrecortada, durmientes que llegaron anoche y piden de mí, en el centro de la casa, la fuente que un día prometí cuando sentí el amor

6 de julio

Decir sonidos como si fueran dedos. Escribir no es tocar, dirigirme a ti no es rozarte. Es más bien la cercanía. Y las manos se juntan y se quedan dormidas. Habrá en alguna parte en mi tiempo manos juntas. Mis dedos en labios callados. Y ojos vueltos al sueño. Y alas diciendo que escribo poemas para que me puedas tocar. Los poemas no son personas. Los míos son aire y te pido perdón

6 de julio

Eran caminos estrechos. Abajo la dulce quebrada. Nos internábamos, mi amor era mi seguridad y mi dicha. Un muchacho me hablaba y me iba llevando. Yo más lento, él todo agilidad y destreza. Hasta llegar a una pequeña playa, una hierba feliz y dispareja. Muchos momentos ardía en deseos y si bien nunca nos amamos sí hubo intimidad.

Él quería mi fuego por él. Y gozamos, en esos parajes nos desnudamos y yo le miraba y entrevimos el sexo, cada uno en sí mismo, empañado.

Hoy me desperté pensando en mi amor, muchas veces dormimos juntos y yo casi no podía dormir. Fue todo y mucho para mí, el amor hasta la extrema pobreza.

Tuve que devolverme desde mi propia ceniza. Y ahora que pienso en él, después de años y quisiera besarlo y decirle, voy hasta ti y te cuento y recuerdo esas caminatas por esas quebradas

7 de julio

Los poemas son días

9 de julio

Calles medio desnudas, a la hora en que arrecia el calor. Quise saludar a cada persona. Las bocas fluían, las atenciones corrían con su vino. De pronto me sentí en mi aire, no podía pasarme nada. El corazón iba un poco más a prisa, pero no padecí ningún sobresalto. Sorprendido por llegar fácil a la conversación, me daba cuenta que era grato para otros estar conmigo.

En esto pienso estos tres días y en qué debo hacer con mi vida. Querría detenerme, no tener que responder, vivir en mi interior. Sé que escribiendo se sabe y qué hay límites y que nunca será fácil. Pero a la vez me anima el sosiego. Quisiera no sentirme más intranquilo.

Y en medio los caminos. Descubrí una ribera del río, un trecho de unos quinientos metros, la travesía en medio de árboles. Está al lado mi casa. Y parece asombroso y en tanto contento prefiero estar ligeramente triste

9 de julio

Anoche se fue la luz por una borrasca. La casa se fue quedando quieta, luego hubo una niebla de luna. En el cuarto con las ventanas abiertas el aire estaba tibio, escuché hasta dormirme los evangelios de Bach, no puedo creer que se pueda ser algo así y no sentir vergüenza. No dejo de pensar si esta tristeza sea un precio por haber vivido la noche de anoche. Á estaba pegada a mí de un modo tan delicado que parecía salir de la música

9 de julio

Para darme cumplimiento y retener completo lo que agudiza mi límite. Y no dejarme dispersar, aire mío, en las cavernas o en rudas cañadas. A fin de asegurar un alzarme tranquilo. Ser mi propia extensión y refugio. Y no desfallecer, cuando más desprovisto me encuentre. Para no dejarme confundir y ser un hombre, en las maneras de mi compasión y mi celo.

No tengo algo que mostrar, no quiero que me acojas por algo. Que sea mi vacío mi perdición, que mi rastro más labrado diga de mí su pobreza. Qué lleva el grano que rueda por la blanca colina. Qué retienen de mi nombre, sal en mi lengua. Si vas a pensar en mí recuerda mi flaqueza, no dejes en lo que cabe lo que en vano se pierde. Estoy incompleto. No puedo dejar de pensar si mi fecha se cumple

9 de julio

Cuántas veces al viento le pregunté. Lo que pude retener, mi explicación y mis pequeñas andanzas. Atiende, estoy aquí. Y esta pregunta que hurté llega justo a tu blanca morada. Te has preparado, desde el fondo de tu edad y tu pasmo. Escucha. Desnuda el corazón. Di algo que al silencio convenza. Hay mucha negra roca ya. El agua no traspasa las sordas murallas. Algún nombre has de llevar. El deseo que escondes no parece vencido. Son muchas noches con sus días. A cada hombre alguien le está encomendado. El silencio desfallece. Abre tus brazos y acoge en dulce vuelo tu vida completa

9 de julio

Y es lo que pido para ti y para mí, que en el principio esté nuestro fin y comienzo. Que por cualquier hilo lleguemos al centro. Y que, montículo reservado, veamos pasar, a la hora más cauta, la estampa protectora, esa mano que me pides y que, extendida, hace señales de consuelo entre dos orillas y que, allí donde el cauce se estrecha, una sola orilla sea ya descansar y que, si intentamos pasar, no dejemos de velar nuestras blancas pisadas

10 de julio

¿Crees que los poemas se acaban? ¿Que son como los días y se van dispersando? Solo que este se impone y borra todo, da poemas y quita poemas. Por qué con las palabras, dispuestas así, pasa eso.

Quién soy yo y quién eres tú, que dices tú y qué es lo que traes. Muchas razones me dan desconfianza. Qué tengo yo, casi nada soy y nada reclamo.

Y ahora te envío esas preguntas, qué traen y, como un guante, todo lo pongo del revés y me miro. Le tengo miedo a esta edad. Que me canse y no quiera ya más.

Hay una corriente, un fuego delgado. Acaso brota para mí. Pero, ¿acaso sé dónde voy? ¿Qué forma de desaparecer he labrado?

Pienso en los sabios y en los poetas. Algunos de los poetas míos se secaron en la vejez. Como si los poemas fueran nuestra parca sustancia. Ni siquiera sé si sea capaz de estar enfermo

10 de julio

La inclinación, la aguda mirada. No sin dificultad, apartar por completo, demoler el deseo de novedad, la necesidad de otra cosa. Las pobres botellas de Morandi. Llegó este pequeño libro de Cezanne. Estoy con Rilke y que llegue Cezanne es algo bueno, hallo motivos, la espontaneidad no es una puerta

10 de julio

Y ahora, a punto de salir, pienso qué bueno sería llegar a casa y encontrar algo. Ya no hay correos y todo es por un solo camino. Estoy conmovido y temo que lo vivido se lo lleve el viento. Pero me consuelo pensando que no es así, aún los olores se pegan a nosotros y nos dilatan.

Dónde van mis días, dicen que nuestros animales presienten nuestra suerte, tendrán estos muchachos mis fechas, el día exacto y su víspera. Y mi pequeño se vino conmigo al estudio, vio que me abracé con ellos y no quería que me soltaran.

Hay algo que quiero decirte y no alcanzo. Un pensamiento me retiene. El silencio de una mano en otra mano, ardo en deseos de una mirada y podría dormir en esa mirada y si fuera joven me dejaría llevar

13 de julio

Se pueden alargar los días y acaso desviarlos. Desde ese lugar podré volver a escribir. Yo querría concentrarme, los libros actúan como ventanas que uno puede abrir siempre más.

Me podría explayar, profundizar esta línea. Me recojo y siento que me envuelve su corazón. Me quedo quieto en silencio. Hay una tristeza y unos puntos, una gravidez de memoria.

El olvido es un agua parda. Quedan hierbas y alguna señal de lo que un día fue algo. Cada persona cuenta su vida y esa vida se apaga.

No basta fracasar, el destierro es un camino y hay que seguirlo si uno está destinado a abrir esa pregunta y ver allí, en la casi oscuridad

13 de julio

El movimiento es lo más extraño. Yo me fui con una fuerza inusitada y me accidenté casi tan pronto empezó el viaje y alcancé a sentir con el pensamiento, aquí me golpeé, y acusé ese golpe con todo mi ser y despertó algo, y me concentré y volví a contar horas.

Me detuve y pensé, y me hice una idea de lo que me queda. Y ardí y me encontré. Leí durante dos semanas, sentí el arado en mi interior de los libros, pero me hallo sumergido y no sé cómo respirar. Vi hace un rato una foto de mi amor, el amor escribe poemas

17 de julio

No estudié las piedras al escribir *Agua tu sed*, me dejé llevar por una idea, el agua, su continuidad, su delgadez, la piedra quieta, amarrada en su silencio, la soltura y la solicitud y la piedra, taciturna y conmovida, ahora pienso en la compasión por las piedras, las anónimas de los hombres y los pasos y casi me gustaría llamarlas, su fragilidad, su encierro, su fiebre y la amistad, lo que enseñan sus oscuras edades

19 de julio

Nada en ese libro se explica. En él todo es sinceridad. Recuerdo la fluidez, un agua clara en su densidad, una sustancia pródiga en lento goteo.

Me sentaba cada mañana y era un arrebató, me iba de todo, no tuve que molestarme en espaciar, para dar la impresión de algo. Todo eso es de lo más personal, ninguna suficiencia en las palabras.

El libro está ahí y confío en que hay ese movimiento, pequeñas olas que se apagan. Menudas derivas en un mar mínimo, un agua intensa y desolada. Inmensidad de pequeñez para quien lo observa y piensa en el infinito que arrastra.

La vida interior como oleaje, lo que nadie casi ve, lo que uno de sí mismo no alcanza. Y las leo y cada vez que lo hago, abriendo el libro al azar, vuelvo a sentir la pequeña llama que el agua ahoga y aparta

19 de julio

Los libros no justifican nada y ni siquiera sé si existen. Son trozos y fragmentos y todo se aleja. Nada quiere ligarse. Todo está deshecho y hay granos de arena y penuria. Y restos de algo, que no sabemos qué es.

He pensado irme, pero no distingo dónde y no sé qué sea ir. Y si fuera cierto dejaría de emitir alguna señal. Sé que hay personas que piensan en mí, pero eso no significa nada. La ternura del naufragio, la dulzura de la demolición, la cortesía del polvo y el olvido. Pero aún para el olvido se necesita alguien.

Quisiera ser libre y no volver a sufrir. El dolor es inútil y no tiene corazón y la carne se engaña. El deseo de alguien es humo y no queda nada y todo es extraño y hablamos en lenguas imperfectas y vanas.

Se queman al contacto con tu mirada y no alcanzas a ver y no sé si me perdonarás. Hay una culpa terrible y siento un grito saliendo de esta carta. El sol se lleva todo y somos la espuma de nosotros mismos y no queremos y no queremos y no nos parecemos a nada

21 de julio

Ha de haber alguien, pero, ¿ese lugar existe? O es más bien un sitio imaginario, un rincón sin tiempo y sin habla.

Te me desdibujaste, me diste un consejo y me llamaste, pero abrí los ojos y no había nadie y era lo mismo estar soñando.

La pena es lo que uno dice y las advertencias son malas, hay un vicio moral en ellas, son nuestro amaño y nuestra impaciencia, las amenazas están enfermas

22 de julio

Llega tu carta mientras envío la mía, acaso se cruzan en alguna parte, y cuando llegan o llegamos o nos leemos, ellas ya saben y nos piensan y nos compadecen

22 de julio

Tendría que entrar en el silencio y quedarme, esa es la demolición y lo que fluye en ese tejido es el silencio y dejarme curar, y vivir en la desnudez muchas horas

28 de julio

No he podido encontrar palabras para hablarte, decir algo a esta carta tuya, no sé cómo explicarle lo que me hace sentir de ti

5 de agosto

Estoy dividido. Lo que es separación me desgarrar, la fisura es la puerta del dolor. No logro coser, rozar siquiera. Los días son cautos y entro en la noche por una puerta fácil. Los de allá son grises y negros y el día es una mano de la noche que es solo cansancio y no existe.

En ese paso del tiempo al no lugar, en ese no poder alargar más bien y por eso me abrumo y no pienso y casi no tengo conciencia. Me deshago de las horas de manera imprudente, entrego mi vida a un discurrir insano.

Llego aquí y voy regresando. Reconozco la figura y empiezo a zurcir. Voy tejiendo piadosamente las horas. Puedo pensar, te veo en un poema y me veo mientras te veo.

Alguien me habló de ti y no pude verte en lo que me decía. Venía a mi mente una imagen que ya no tengo, falsa y ruda. Ya eres para mí tu persona y en ella tus cartas y tus poemas.

¿Por qué será que no puedo retenerte, ni tenerte conmigo, ni quererte de un modo continuo? Te desvaneces y es como si fueras tú quien me hace eso, tú quien te presentas y llamas. Pero es imposible, tú no estás y yo me exijo en traerte y me entristece y me encierra la pena.

Estoy en mi casa, la casa es el techo y el rostro de la casa son sus ventanas. Me siento reconciliado, hoy la inunda su luz, aunque no lo bastante como para que no reine la

29 de agosto

Estás en lo desconocido, sin gravitación para mí. Ya no te veo, no te siento, no me aparezco en ti. Pero a lo mejor si te escribo. Y ese es el impulso. Estoy a punto de parar.

Ya no veo las cosas como tú, el instante presente y el polvo despierto. El día me atrae y me da vértigo. Y me vuelvo a mover y a la vez estoy perdido. Floto en este momento en un paisaje que está en mi interior.

Hace nada te decía que estaba de viaje y ahora no queda nada y las cartas que nos escribimos son la ceniza. Me llamas la atención, la fugacidad es toda tuya y te aleja la eternidad

Y que el aire se aquiete

EPÍLOGO

En *Los Capítulos Interiores* de *Zhuang Zi*, leemos que «El hombre supremo usa el corazón como un espejo: / a nadie echa, a nadie acoge, refleja sin quedarse con nada». Tal vez podría ser éste el espíritu que corresponde a las palabras en la escritura de Carlos Vásquez. Una escritura hecha de palabras conscientes de su perpetuo caer, de su condición de aire entre el aire, de piedra que entre la arena se disuelve. En *Curva de río*, ninguna palabra aferra ni ciñe, todas sueltan, conquistan el eco leve de un susurro, el paso que no huella. No hay aquí artificios, apenas olas que convergen y nos llevan en su cauce tranquilo. Hay un despojamiento más evidente en cada libro de Carlos Vásquez, cada poema o fragmento está hecho con las palabras que quedan, las que más tiempo resisten la combustión; palabras solitarias que quieren paladear su breve tránsito en el aire, su instante de atención y espera. Decimos con el libro: *y es la voz desnuda y llamea y arranca*.

Curva de río es un libro de frases precisas, necesarias. Ya en sus primeras páginas nos tiende su mano, nos invita: *Las letras se nos dan y somos la misma persona*. Los poemas son cerca y lejos, son cada paso y el camino entero; su divisa se cumple en nosotros: *Busco una palabra que no me deje*, escribe y contagia esa inquietud que tan bien comprendemos, esa que siembra nuestras vidas de perplejidad y ahogo. En el libro las sensaciones discurren; tal vez saben que, | 115

para el río, el cauce es una línea recta entre su nacimiento de las entrañas terrestres o de las nubes y su destino de indistinción en la desembocadura, que curvas y recodos son avatares del terreno, pero no de su fluir. Como las aguas del río, las palabras aquí están dispuestas a bifurcarse o a saltar y cubrir, pero siempre también a reunirse en esta corriente de ternura y desolación mostrando su desnudez y desnudando su sed insaciable hecha de frases queridas y cuidadas para que no se desgajen, de silencios adensados para que no sean débiles sus coyunturas, para que pueda ir sobre ellas *lo que pasa entre uno y la luz, el peso de soledad y aquella de la que priva la otra persona*, y aquí, también y de nuevo, esas conjeturas que también nos hermanan y recuerdan que todo en nosotros son preguntas, atención, espera: A lo mejor la luz sea la soledad, y la tarea del poeta sea ayudar a las palabras a ocultarse, a desaparecer mostrándose, incapaces de reconocer el mejor lugar para esperar; tal vez la curva de río cuando la lluvia desdibuja y erosiona como una voz anónima, de niño hechizado, sin urgencia ni ansiedad.

Curva de río es un diario y un libro de poemas. En el silencio de sus fechas refulge el poema como un cuenco en el que algo susurra nuestros nombres como una oración y un canto, vibrando con cada enunciación y cada cesura, haciendo reverberar el silencio y permitiéndole cuajar en palabras que acogen a quien regresa pero también a quien nunca se ha ido, a quien se hurta de sí mismo hasta la detención, hasta la calma de su incandescencia en ese tiempo que, al decir de Ungeretti, «nos usa como un

crujido»; *este tiempo, una fábula, en ese minuto existimos, una cometa de dos puntas, halada en frágil sosiego.*

La noche se extiende y nos deja, las palabras aún guardan su fruto alargado, su ínfima semilla que pide la tierra, su oscuridad y su greda mullida para buscar, no la luz sino el camino, la esquiwa grieta donde puede decir sin preguntar. *Los poemas no son personas. Los míos son aire y te pido perdón,* escribe Carlos Vásquez un 6 de julio; y, al día siguiente: *Los poemas son días;* pero también una casa y un remanso, un lugar variado, umbroso y profundo donde cultivar una lengua precisa, una lengua para encontrar el acento de lo que no tiene voz y un río incesante para tomar un baño cada vez y mirarse en sus aguas que desdibujan todas las emociones como los mágicos espejos de Oriente; un lugar *entre tanto contento para estar ligeramente triste.*

La poesía de Carlos Vásquez invita a pensar en las frases, transparenta al lector para que lo atraviere su luz como a un vitral, pero no sin tropiezos; sus frases son también cerradas, a un tiempo confiesan y velan; cada línea es un punto, un eco y un ritmo dispuesto a esperar, dispuesto a ser la voz vencida de quien reúne sus penas para no apagarse. *El silencio desfallece.* Aunamos nuestras vidas como el río sus aguas tras cada isla, tras cada escollo que roza y desplaza. La poesía, como el río, sabe que no puede cribar su grano en la oquedad, que la concentración no es posible si antes no hubo expansión. Este poema-diario, *Curva de río,* respira: se expande y contrae en un ejercicio puramente interior,

hecho de meditación y de lectura; su lenguaje no pretende difundir ideas; no es pensativo en el sentido de lo que alguien llamaría una poesía filosófica, sino en el sentido de un preguntarse vital por aquello que une al hombre con los demás hombres, que lo ayuda a desaparecer entre ellos, sin desunirlo, preservándolo único e irrepetible. *Pero ¿acaso sé dónde voy? ¿Qué forma de desaparecer he labrado?*, se pregunta; y el milagro de las preguntas se nos hace tan evidente como su propia necesidad; porque la poesía es más un medio de conocimiento que un medio de expresión o representación, tal vez haya sido esa su transformación histórica y por eso aún se la busque para otros destinos y tareas, pero no cuando llega por un estado de ánimo que se granjea su sitio en la perenne mediación entre lo inmanente y lo trascendente; y el poeta se sabe arrojado allí y abocado a continuar esparciéndose, dispersándose en letras: *Quedan hierbas y alguna señal de lo que un día fue algo. Cada persona cuenta su vida y esa vida se apaga. / No basta fracasar, el desierto es un camino y hay que seguirlo si uno está destinado a abrir esa pregunta y ver allí, en la casi oscuridad.* El artista es un hombre necesitado, que no puede elegir libremente. Este diario-poema se impone a Carlos Vásquez como un llamado también a pensarse en su escritura, como autor y pensador, como lector de la tradición filosófica y poética y como consciente de su cultura y su situación histórica y social; como autor dispuesto a asumir con el mínimo de cobardía posible la tarea de escribir sus libros, la de dejar que en cada uno de ellos encarne *la inmensidad de pequeñez para quien lo observa y piensa en el infinito que arrastra.*

Todo este nuevo libro de Carlos Vásquez es, también, un cobijo para los anteriores (simultáneos algunos), ensayos y poemas que son esa especie particular de piso que no pretende sostener sino abrigar. Todos sus libros están en este nuevo libro, éste que llama y responde al llamado, *un libro que abra la poesía que va a ser aquí*. Un libro que es ya poesía abierta.

El poeta de origen rumano Loránd Gáspár, describió en su libro *Acercamiento a la palabra* esa «Esperanza insensata de que un día en una frase se hinche irremediamente el canto: el silencio que no reposa sobre nada». Algo tal, me parece, es lo que ocurre en *Curva de río*. Aquí cada frase lleva consigo su canto hecho de un silencio suspendido, de un silencio que es su propio piso y que se sabe apenas polvo que la ventisca de la voz eleva; y sabe que su destino —y el del libro— son un cauce, un camino *con una curva discreta, un rincón para mirar y detenerse. Y que el aire se aquiete*.

Carlos Ciro
Medellín, Abril de 2019

ÍNDICE

Curva de río	7
Epílogo	113
Y que el aire se aquiete (<i>por Carlos Ciro</i>)	115

CURVA DE RÍO

de Carlos Vásquez Tamayo se terminó de imprimir en julio de 2019 en Medellín, Colombia. Para su composición digital se utilizaron tipos FILOSOFIA OT diseñados por Zuzana Licko en 1996 como una interpretación de los diseñados por el tipógrafo italiano Giambattista Bodoni a finales del siglo XVII. El interior fue impreso sobre *Bond Avena* de 90 g/m² y la cubierta en *PropalCote* de 250 g/m² en los talleres gráficos de Editorial Artes & Letras S. A. S..

ISBN: 978-958-59534-3-7



9789585953437



Colección de poesía

BATIENTE

La poesía de Carlos Vásquez invita a pensar en las frases, transparente al lector para que lo atraviere su luz como a un vitral, pero no sin tropiezos; sus frases son también cerradas, a un tiempo confiesan y velan; cada línea es un punto, un eco y un ritmo dispuesto a esperar, dispuesto a ser la voz vencida de quien reúne sus penas para no apagarse. *El silencio desfallece. Aunamos nuestras vidas como el río sus aguas tras cada isla, tras cada escollo que roza y desplaza.* La poesía, como el río, sabe que no puede cribar su grano en la oquedad, que la concentración no es posible si antes no hubo expansión. Este poema-diario, *Curva de río*, respira: se expande y contrae en un ejercicio puramente interior, hecho de meditación y de lectura; su lenguaje no pretende difundir ideas; no es pensativo en el sentido de lo que alguien llamaría una poesía filosófica, sino en el sentido de un preguntarse vital por aquello que une al hombre con los demás hombres, que lo ayuda a desaparecer entre ellos sin desunirlo, preservándolo único e irrepetible.

Carlos Ciro